

LA LIDIA

Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Arenal, 27.-Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 » extraordinarios.....	5	Provincias:.....	3	Extraordinario.....	0,50
		Extranjero: año.....	15		

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

AÑO XVI

NÚMERO 2.

Numero extraordinario ! MADRID: Lunes 26 de Abril de 1897. ! Precio: 30 céntimos.

«CARTUCHERITA»

A Pepe Ortega Munilla
EN
Málaga.

Como verás, ó por mejor decir, como habrás visto (pues antes te saltará á la vista el cromó que el artículo), el presente número de LA LIDIA se honra y gallardea con un retrato del valeroso y alegre Bombita, prototipo y dechado del toreo juvenil en nuestro tiempo.

¡Oh, si mi voto hubiera valido, ó si yo lo hubiese emitido á tiempo!... A la par y frontero de la efígie de Emilio Torres Reina, habríase publicado otro excelente y vistoso retrato de Arturo Reyes, el novel y afortunado «diestro» malagueño que tantas palmas, oles, sombreros y tabacos está recogiendo á la sazón en el coso de las buenas letras.

Que no te escandalice la comparación, y que no enoje á Arturo Reyes este extraño é inesperado paralelo. Resígnese el «diestro» á aceptar el mote que le pongo... ¡Es el Bombita de la juventud literaria del día!

La misma presentación, alborozada, sonriente y como por arte de encantamento; las mismas promesas de relampagueo y amenazas de detonación en el apodo del torero sevillano y en el título de la novela malagueña. La misma carrera, rapidísima, triunfante y sin tropezones de peligro, en Reyes y en Torres Reina, en Arturo y en Emilio, cuya homología es evidente. El mismo toreo ceñido, audaz, lleno de valentía y frescura á la vez que de adornos y guirindolas; castizo á la antigua y «sensacional» á la moderna; muy serio por de dentro, y por de fuera muy zaragatero, con todos los arrestos y arranques, desparpajos y desplantes de la floreciente y viva mocedad. Las mismas simpatías, en suma, ganadas y aseguradas desde el primer momento aun en los ánimos menos impresionables y más hoscos de la docta afición...

¡Qué tal, queridísimo Pepe, me va saliendo ese conato de apunte



para una página de las «Vidas paralelas» que acaso trace algún día mi pluma pecadora, si el diablo me tienta y Dios lo consiente?

Mientras me envías — aunque sea bajo cuerda — la dura ó blanda contestación, quédese la cosa en tal estado, y vayan aquí estos cuatro parrafillos brindados al Bombita de las letras malagueñas, para hacer pendant á la cromolitografía en que se nos representa el Arturo Reyes del toreo sevillano.



Y mientras me entero asimismo de si el autor de Cartucherita lleva á bien ó mal este extraordinario emparejamiento, ten la comodidad de darle las gracias en nombre mío por el ejemplar de su novela con que hubo de favorecerme, y de pedirle luego albricias por esta triple salva de beneficios con que le hace pleitesía la Fortuna.

1.º Por haber conseguido lo que ninguna fuerza humana consigue de ti, oh Pepe de mis entretelas periodísticas, en cuanto te escapabas hacia esas playas y montañas, en busca de oxígeno para el cuerpo y para el espíritu;

2.º Por el marco de oro con que has presentado al público su novela: marco cincelado como por mano del fray Juan de Segovia, á quien magníficamente canta Heredia en su soneto francés de La Custodia, marco digno de un esmalte en cuya fina y esplendente labor no cede el artista malagueño al mismísimo Claudio Popelin;

Y 3.º Por haberse librado, haciéndote tomar la pluma para hablar de Cartucherita en El Im-

parcial, del «palo» con que ya me preparaba yo á darle la bienvenida al mundo literario desde aquellas mismas columnas.

Si, señor; un palo, como vulgar y brutalmente se dice.

Claro está que á un «costumbrista» malagueño de tan legítima cepa y pura vena como Reyes, no había de escocerle ni enfadarle cosa que cabalmente lleva el nombre de uno de los barrios de más color, olor y sabor de Málaga: el del Palo.

Claro está, además, que el tal «palo» hubiera sido de una injusticia tan notoria como... ¿qué diré yo? ¡como si un Presidente mandase poner fuego al toro que acaba de tomar diez varas, á penco y tumbo por cada una, y todavía está desafiando!

— Pero, camará — como decía cierto matador andaluz, harto tachado de envidioso y cizañero por sus cofrades: — ¿qué vasté á jasé con er «malange» que sale y le quita á Dió los moños? ¿Orsequiarle encima con un par de bisonés?...

¡Los moños que va á quitar Arturo Reyes en el redondel literario! Por de pronto, á cuantos gustamos de cultivar las letras toreras — sustantivo y adjetivo que en nada andan reñidos, como dicen y repiten á lo papagayo muchos cursis — á cuantos gustamos, digo, de libanar por lo taurino, sin que nos falten de cuando en cuando nuestras escriturillas y contratas, el diestro novel nos trae un si es no es medrosicos y acongojados, con el pícaro reconcomio de si vendrá á dejarnos el traje de luces... á buenas noches.

Por eso — ¡los pícaros celillos del oficio! — yo hubiera tenido cierto placer en discutirle el terno de verde y oro (color de esperanza y guita probable) con que se nos presenta Reyes en Cartucherita; pero, ¿quién le discute ni una hilacha siquiera de los «cabos de luto» que completan su traje, después de la soberana alternativa que le has dado en El Imparcial?

¿Quién, ni en El Imparcial, ni en LA LIDIA, ni en ninguna otra parte, se arranca por disquisiciones críticas, después de las tan sobrias como luminosas, tan concisas como elocuentes, que le has dedicado tú?



«Nadie las mueva», como se dijo de las armas de Roldán.

Hoy me limito á señalar ese libro — breve en páginas, pero copioso en franca observación, sentimiento sincero, andalucera verdad y diálogo popular, lleno de viviente exactitud — diciendo lisa y llanamente á los que adivinan en la vida torera alguna comedia y tragedia más de las que se ven en la Plaza de Toros:

— Leedlo.

En punto á juicio y dictamen de más cuenta

que este simplicísimo «apuntamiento», díle á Reyes, ínclito y bondadoso Pepe, que me reservo para cuando nos dé, como no tiene más remedio que hacerlo, la «novela grande», *le grand roman*, de la existencia varia, azarosa, pintoresca, eje de un sin fin de accidentes, incidentes, tipos y escenas de la sociedad española, que Eusebio Blasco apuntó en su *Juan León*, y que el autor malagueño debe estudiar y pintar en mayores proporciones que las de *Cartucherita*.

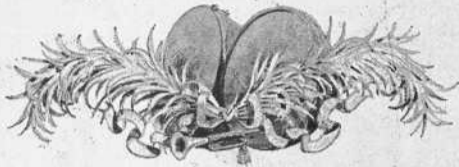
¡Entonces hablaremos, señor mío! Veremos á

ver entonces si logro resarcirme y vengarme del «silencio crítico» á que hoy me reduzco, limitándome en esta ocasión á suplicarte que ofrezcas en mi nombre, las presentes palmas (nominales) y tabacos (hipotéticos) á quien me complazco en llamar... el *Bombita* de nuestros noveladores.

La suerte está echada, planteada y señalada á lo maestro. ¡A consumarla, pues!

Que no se llame á engaño,

SOBAQUILLO.



NUESTRO DIBUJO

EMILIO TORRES REINA (BOMBITA)

Si Bombita, en sus primeros pasos por el mundo, no hubiera respirado el ambiente cálido de esa hermosa ciudad, perla del Guadalquivir que se llama Sevilla, donde todo el mundo y á todas horas se ocupa de toros, y donde entre las diversiones favoritas de las elevadas clases de la sociedad como de los humildes menestrales, figuran las tientas, los acosos y los encierros de reses bravas, seguramente que nadie pudiera presumir que el muchacho abrazara la arriesgada profesión de torero, teniendo en cuenta los antecedentes y posición de su familia.

Pero se crió en la tierra clásica del toreo, y asistió como tantos otros á las operaciones mencionadas, y la afición, ignata en todos los españoles, se desarrolló en Emilio con más vuelos que en otros; y lo que es consiguiente, arraigada ya, en alas de ella lo abandonó todo, para tomar una parte activa en tales fiestas.

Y una vez emprendió el derrotero, tales trazas, tales mañas se dió para manejar el capote y librar las acometidas de los astados brutos, que bien pronto se abrió paso entre la pléyade de los que con él comparían las tareas del rudo aprendizaje.

Su nombre corrió de boca en boca. Todo el mundo se hacía lenguas del descaro que tenía con los toros, y de la frescura y tranquilidad con que los burlaba.

La diosa protectora de los valientes le prestaba cada día nuevos alientos, que servían para irle franqueando todos los caminos.

¡Con cuánto entusiasmo pisó el imberbe mozo los umbrales que habían de conducirle al logro de sus aspiraciones!

Y una vez en ellos, siempre con la sonrisa en los labios, se le vió bullir, acometerlo y practicarlo todo. Cuanto ejecutaron otros, lo ejecutó también. Saltaba la garrocha, quebraba de rodillas, toreaba de capa, tocaba el testuz de sus adversarios, banderilleaba en silla, ponía palos cortos, y estoqueando se determinó á ejecutar todas las suertes, hasta la de recibir.

Desde que, una vez en la Plaza, se daba suelta al primer toro, hasta que recogía el capote de paseo, estaba en movimiento continuo.

Era, en una palabra, en los comienzos de la profesión, otro Salvador Sánchez (Frascuelo); y como á él, achacó la gente su actividad infatigable y su deseo de hacer cuanto otros ejecutaban á envidias de clase, cuando no eran otra cosa que deseos dignos siempre de alabanza, de no quedarse á la zaga de sus compañeros.

Desde su presentación en Madrid como matador de novillos en 12 de Octubre de 1892, hasta el 27 de Junio de 1894, en que Guerrita le confirmara en la Plaza de Madrid la alternativa que á fines de Septiembre de 1893 le confiriera en la de Sevilla el infortunado Espartero, su toreo fué perfeccionándose á pasos agigantados, gracias á su clara inteligencia, á la observación constante de las condiciones de las reses, y al estudio de sus compañeros, de los que fué tomando cuanto creyó más dentro del arte.

Y si hasta que tomó la suprema investidura tales cambios fueron operándose en la manera de torear del joven espada, desde entonces han sido mayores. Podía copiar de buenos modelos, y no se descuidó en hacerlo, desechando defectos propios de principiantes.

Únicamente en lo que aún no ha avanzado lo que fuera de desear en quien como él entra en la cara de los toros recto como una bala, es en marcar la salida necesaria en el momento de cruzar, puesto que no baja la mano izquierda lo necesario para obtener la humillación precisa de la cabeza de la res.

Pero defectos como éste son fáciles de corregir; no es de aquellos que amenguan ni oscurecen la fama de un lidiador que, como Bombita, ha sabido en término breve rebasar la línea de las medianías, para colocarse en primera fila entre los demás de la clase, como sabrá también asentar sobre sólidas bases el buen nombre adquirido.

L. V.

Bombo y platillos.

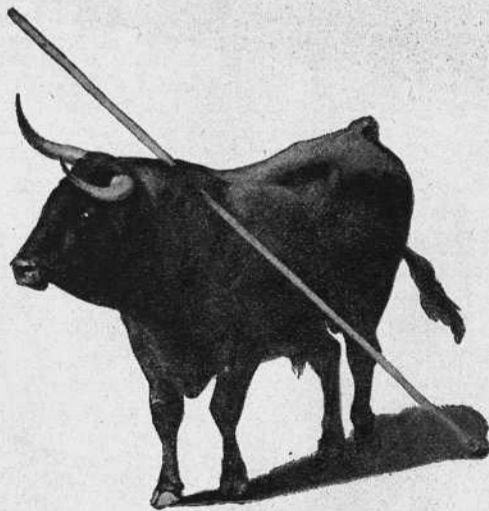
HABLAR, después de lo que se ha hablado de la doctrina del toreo y de su aplicación práctica, sería repetir palabras y conceptos olvidados de puro sabidos por los que realmente estudian y reflexionan sobre ellos, para aplicarlos con oportunidad en momentos determinados.

Clamar contra los abusos de las empresas taurinas, que hacen de los elementos periodísticos el mismo caso que Albarrán, el Buñuelero, de la cuestión de Creta, es ocioso y gastar tiempo en balde.

Decir, con voz muy alta, los desmanes y deficiencias de los toreros en general, y señalarles su apartamiento de las buenas reglas de la tauromaquia, suele ser perjudicial y completamente inútil.

Y atreverse á exponer á las autoridades las tolerancias á cuya sombra se cometen tantas faltas, que redundan en perjuicio del pueblo que deben proteger, es entenderse con quien nada entiende ó no quiere entender.

¿De qué hablaremos, pues?



¿Contra los ganaderos que venden gato por liebre, sin importarles un ardite el crédito de sus vacadas? Eso sería predicar en desierto y no conseguir nada.

¿Y contra el público que acepta y aplaude como bueno lo que es rematadamente malo, y elogia sin fundamento actos censurables, que se convierten desde luego en daño suyo? No: que entonces habríamos de entrar en un terreno resbaladizo en que tal vez el número en bruto se sobrepusiera á lo razonable, y por lo tanto, nos expondríamos á sacar de la controversia lo que el negro del sermón.

Dediquémonos á la música.

Usemos y abusemos del bombo y los platillos, del figle y del trombón, y no vendrá mal una banda de tambores y cornetas. ¡Ruido! ¡Mucho ruido, que eso es lo que priva y así se medra!

Vayan allá los criticones que censuran á la Empresa, suponiendo que nos da en la mayor parte de las corridas toros endebles, sin edad reglamentaria y de desecho; ¿cuán lo los han visto mejores, ni más bonitos, ni más apañaditos? Que no tienen cumplidos los cinco años, ¿y qué? ¿Acaso son quintos que se libran, por un solo día, de entrar en cántara? ¿O por fuerza han de ser granaderos

con talla de gastadores, y con más cuernos que un casado en terceras nupcias? Cállense los maldicientes, y conténtense con los aprobados y recibidos por los señores veterinarios, que saben de esos infundios más, mucho más que cualquier otro mortal, por aficionado que sea.

Aplausos y plácemes merece por tal conducta la benemérita Empresa, que tanto se desvive por servirnos, y no hay que escatimarlos so pena de caer en la nota de descontentadizos.

¡Y aún hay quien se queja de que destruye la afición con dar tantas corridas engarzadas unas con otras como los rabos de las guindas! Al glotón debe saciársele el apetito hasta que se harte, y no tenerle á dieta ni á media ración; y si el bolsillo no puede dar de sí para tanto gasto, porque el manjar es caro, ¡qué diablo! lo que él saque, aunque sea con trabajo, Bartolo ha de recogerlo sin esfuerzo, y váyase lo uno por lo otro, que el dinero no se pierde, sino que cambia de dueño simplemente, y tanto monta.

En la conciencia (!!) de todo el mundo está que no observa la Empresa esa conducta por afán de lucro inmoderado ¡ni por pienso!; es que quiere complacer á los aficionados diciéndoles: puesto que os gustan los toros, yo os daré tantos, tantos, que habréis de bendecir mi nombre, ó no tenéis corazón.

Sus desvelos llegan á más. Ha conseguido, según nos afirma un amigo de un conocido del primo de la portera de la casa en que vivió el Medrano hace cinco años, que los toreros, sin excepción, se comprometan al cumplimiento exacto de sus deberes, con arreglo al arte, al puesto que ocupan y á los reglamentos vigentes. ¡Ahí es grano de anís! Ya no habrá picadores que rasguen la piel de los toros, ni se atraviesen en la suerte; ni peones que se coloquen flameando las capas frente al toril, ni derrenquen las reses, ni las mareen trayéndolas de aquí para allá sin derrotero fijo. Los banderilleros no necesitarán que les preparen los toros, ni clavarán los palos de costado, sino arqueando los brazos y de arriba abajo; y los espadas, ¡ah! los espadas, al salir al ruedo, cantarán á media voz y mirando al palco de la Empresa: «el que quiera mirar cosa buena, ¡cosa buena! que se venga aquí».

Si lo que no consiga Bartolo, no lo consigue nadie. Hasta es posible que por efecto de sus gestiones y consejos, veamos en una corrida la grandísima ganga de que los matadores que en ella tomen parte, practiquen todos, uno tras otro, la famosa suerte de recibir. (*Música, música.*)

Lo que es si él se empeña, lo conseguirá; barreras más insuperables ha saltado, á pesar de los pesares. Tal vez

á ese fausto acontecimiento se refiera aquella indicación que hizo en el programa de abono de un *grandioso espectáculo*, con la lidia de ocho toros por cuatro matadores.

¡Y cuántos infelices hemos es-



tado en la equivocada creencia de que la tal suerte suprema había caído en la fosa del olvido! No comprendíamos de lo que era capaz el íncrito y nunca bien ensalzado Bartolo; pero hemos de confesar, con la mano puesta en el pecho, que lo que no logran las influencias, ni los amigos, ni la prensa, ni la opinión pública, lo alcanza su voluntad soberana con sólo decir: *Fiat*.

Este es un colmo que para celebrarle requiere música, mucha música.

Suenen clarines, timbal y charangas, que ha logrado Don Bartolo ¡muchas gangas! ¡muchas gangas!!

Sin embargo, otra nos falta y no es floja, por lo mismo que es imposible; tanto, que apostamos doble contra sencillo á que la buena estrella del

gran empresario no alcanza á conseguirla, y ¡vaya si sería ganga oír la verdad, sin desfigurarla, hablando de toros! Sería necesario dar igual pensamiento á todos los revisteros de las corridas de toros, para que se pusiesen de acuerdo, y lejos de parecer, como ahora, los órganos de Móstoles, describiesen y apreciaran de conformidad los incidentes de la lidia, cuando menos al referirse á hechos que no deben ser cambiados al contarlos. No llega ahí el egregio D. Bartolo con su varita de virtudes, ni hay poder en la tierra que tal consiga, que el hombre es débil y de gustos no hay nada escrito; si por las mientes se le pasara á cualquier mortal semejante intento, veríamos á los músicos desfilar con el bombo y los platillos, para sonarlos con estrépito en otra parte, en loor

de otras personas, con intemperancia y con insistencia extravagantes. Apetecer lo contrario, es punto menos que imposible; pues para pensar con criterio propio, confirió Dios al hombre el libre albedrío, y cada uno se deja llevar de su afición, ó sigue el rumbo que le indican sus observaciones, si es que observa, ó de su inteligencia en el arte, si la tiene. Desprecia esa ganga el empresario, porque para él no lo es; y le importa poco que alborote el gallinero, que con ese alboroto gana, el ruido le favorece, aunque las notas de los instrumentos sean discordes, y dirá para su capote:

Ande yo caliente, y riase la gente.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA

EL TALISMAN DE LOS GANADEROS

TRILOGÍA BOYAL, COMO QUIEN DICE: EL ANILLO DE LOS NIEBELUNGOS

I. FUNCIÓN PRIMERA DE ABONO PARA EL LUNES 19 DE ABRIL DE 1897.—SIEGFRID Ó ADALID

La trilogía boyal á que vamos á referirnos, y que hemos disfrutado en la semana última, es de iguales proporciones que la famosa trilogía musical de Wagner; pues si ésta, con perdón de la crítica filosófico-filarmónica, es grandiosamente pesada, aquélla, sin perdón de nadie, ha sido insoportablemente *latosa*.

Véase la clase, y la primera parte.



La obra, que es una colección de motivos ó reminiscencias de otras obras ó ganaderías, pareció, como siempre, desigual; y á pesar de haberse anunciado en los carteles con letras gordas lo mejor de la procedencia, descolló, sin embargo, lo peor de la realidad. De las seis escenas de que consta la ópera, como las otras dos que forman la trilogía, sobresalieron la tercera y quinta, notándose finura y bravura en la primera, y dureza, sequedad y poder en la

última. La escena cuarta fué adicionada con cohetes y bengalas, y las restantes no acusaron nota alguna digna de tomarse en consideración. En general la obra bien presentada á la vista, no faltando, sin embargo, algunos desperfectos de armadura, y una indumentaria fatal en la quinta escena, que como indicamos antes, fué la mejor, y estaba ensayada bajo la férula ó hierro de D. Juan Vázquez. Esto, por lo que hace al primer estado; en el segundo, la tercera escena es la que mejor se prestó al éxito, y en el último, en la primera, tercera y cuarta, pudieron lucirse los artistas. De todas maneras, la obra puede calificarse de sosa y

aburrida, y la partitura, indigna de figurar en el repertorio.

Manióbró la caballería en 38 asaltos, perdiendo tierra en 16 y siendo bajas 14 monturas, de las cuales siete correspondieron á la repetida escena quinta, desempeñando mejor su cometido en esta parte el *partiquino* Cigarrón. De la infantería marcharon mejor frente al enemigo, las segundas partes: Regaterillo, Manuel Valencia, Roura y Ostioncito. Estas, en la segunda escena, parecía que no acababan nunca, y en cambio, en la tercera, Moyano y Pulga de Triana cantaron superiormente un dúo, escuchando una ovación.

Los principales papeles corrían á cargo de los conocidos artistas Mazzantini, Fuentes y Bombita, que vestían trajes verde y oro los dos primeros, y morado con el mismo metal el último. El primer tenor, D. Luis, en el desafío de la primera escena, representó de la manera más deplorable, sin acercarse en un solo pase, y saliendo á toda carrera en algunos. Hirió, para salir pronto del compromiso, con una estocada corta á volapié, pescuquera y perpendicular. De la que se echó el enemigo, y el artista escuchó manifestas muestras de desagrado. En el duelo de la cuarta escena, fué ayudado poderosamente en los pases preliminares por su hermano Tomás, auxilio innecesario, pues la parte contraria acudía francamente al tercio. Sin duda se tuvo en cuenta que más ven cuatro ojos que dos, y más pueden cuatro manos que dos. El vencido sufrió un pinchazo hondo á volapié, desde buena distancia, y una estocada también á volapié, delantera, con gran derrame, sin ser degüello, entrando el vencedor yéndose de la suerte, y con poca conciencia de las reglas de Pini, aplicadas al toreo. Un par de rehiletes clavó al cuarteo, bueno, en la quinta escena, y durante los primeros momentos de la tercera, hizo algunos floreos de capa, como sus compañeros, dando alguna animación al acto.

Fuentes tuvo que habérselas en la segunda escena; el enemigo era de cuidado y trabajó sin resultado ni lucimiento, aun cuando se le notaron buenos deseos. Fué desarmado primero en una huída; consiguió herirle después á volapié, en las tablas, resultando la estocada caída y atravesada, pero aprovechando la oportunidad y con mucha vista, se tiró al suelo en una arrancada del contrario, que saltó por encima, volvió á desarmarle y al fin se dió por vencido. En la escena quinta, queriendo cantar ó torear, y apuntando alguna vez su buena escuela de *cante* ó toreo, pero abusando al fin de la *mezza voce* ó de la muleta. Empezó la lucha con desarme (¿debilidad de brazo?). Un pinchazo en hueso á volapié: sale rebotado el contrincante, y Bombita, neutral, tropieza en un caballo y cae, sin consecuencias; otro pinchazo en las tablas; media en idem, delantera y atravesada; otra caída y delantera, y todo malo y desde lejos. En cambio fué bueno el par de frente que clavó en esta misma escena.

El tenor joven, Emilio Torres, moduló su aria de la tercer escena muy bonitamente, con variedad y ciñéndose mucho á la partitura, aunque accionando ó moviéndose demasiado. Al atacar la nota culminante del andante con brío, dió el do de pecho, entrando con temeridad, atracándose y dejándose caer sobre el enemigo, sepultando el acero hasta el puño y saliendo despedido del encontronazo, provocando esta pieza la ovación más entusiasta de toda la obra. En la última escena, un desarme y una estocada caída, á volapié, que hace sentar al de Adalid; todo de prisa y corriendo... á tomar el correo de Sevilla. No quiso parear é hizo bien.

La concurrencia á esta función poco más de media sala; la atmósfera tristonca, y la Presidencia del espectáculo acertada.

II. FUNCIÓN EXTRAORDINARIA PARA EL 21 DE ABRIL DE 1897

LA VALKIRIA, ó la boyada dual, ó la cabalgata insípida; segunda parte de la trilogía y debut del primer tenor absoluto Cav. Rafael Guerra.

¿Qué si quieres arroz, Catalina! Hace mucho tiempo que vengo devanándome los sesos, para explicarme la preferencia que todos los artistas, de mayor y menor cuantía, sienten por representar la obra del ilustre procer descendiente de Colón, y ¡nada! que no pongo el dedo en la llaga. He dicho muchas veces, y tengo que repetirlo ahora aunque resulte pesado, que la ganadería del Duque de Veragua (sin excelencia, que la perdió hace tiempo) es para mí la peor ganadería de todas, y á las razones que tengo expuestas para creerlo así, sólo añadiré una más: que da más bueyes que ninguna, y que si esto puede tolerarse en cualquiera otra vacada que no forma por cima de las demás, es inaguantable en ésta que parece, según lo que la bombean, que asume la prerrogativa de marchar á la cabeza de todas.

Con esto me parece haber indicado suficientemente que la última exhibición en esta Plaza, fué una de las más solemnes boyadas con que Su Excelencia (¡ah, se me ha escapado!) nos ha favorecido, y ¡cuidado que las ha soltado colosales! Bien que la vista se recree en las variadas pintas de las reses y celebre esos colores que rompen la monotonía del negro y el castaño, como el berrendo, melocotón y jabonero, admirando á la vez su finura, crianza y proporciones; pero bueno también que el espíritu se satisfaga con las diversas fases y consecuencias de la lidia, practicadas con arreglo á las prescripciones del arte y con reses que reúnan las condiciones necesarias para su ejecución. ¡Y díganme ustedes qué primores pueden prometerse con el elemento principal, que respecto á bravura, el que más, sale favorecido con el calificativo de voluntario, y que en los demás extremos, el que no huye, se transforma en un marmolillo, sin voluntad y sin movimiento!

En estas condiciones, y con un balance que arroja en el primer tercio, 33 varas, por 11 caídas y 12 caballos, reapareció ante nuestro público la figura más saliente del toreo del día, ricamente ataviada de verde y oro, acompañada de Mazzantini, luciendo traje cardenal con guarniciones doradas. La inmensa mayoría de los espectadores que llenaban de bote en bote el amplio Circo, juntó las manos en aplauso cerrado al artista extraordinario, y en medio de la expectación consiguiente, dió principio la representación.

Sucede á los que trabajan para el público, que algunas veces, bien por indisposición ó por cansancio, ó por otra de las causas que pueden influir directa ó indirectamente, no



están en su papel á la altura acostumbrada; y acontece también otras, que sus propósitos de sumar una jornada más de gloria, se estrellan ante los elementos de que han de valerse. Este es el caso de Guerrita á su presentación en esta temporada. A nadie le cupo duda alguna de que el diestro ardía en deseos

de justificar su nombradía y de complacer á la afición; pero la suerte le volvió la espalda en los pases de mayor empeño, y contra la pasividad de tres mansos, la voluntad es impotente. Sin embargo, pudo apreciarse en el segundo una brega encaminada á transformar sus condiciones, sin conseguirlo; un propósito de derribarle cara á cara, en dos pinchazos en hueso, bien marcados, en tablas y al encuentro; y la determinación acertada de no prolongar una faena difícil, al convencerse de la índole del animal, tumbándole de una estocada caída y con tendencias, aprovechando. De iguales inconvenientes adoleció el cuarto; pero conocido ya el paño, el diestro apeló á la brevedad y al coraje para entrar á matar, agarrando una estocada completa á volapié, un poquito caída, que dió en tierra con el buey. Y en el último, el inteligente tuvo ocasión de presenciar una faena concienzuda por su oportunidad y variada para fijar al cabestro, ora con la muleta, ora con el cuerpo, rozando por las mismas astas, á la que puso término una estocada algo atravesada, entrando con mucho reposo y sobre corto y para añazar de una sola vez. ¡Y todavía puede que se arranque algún Aristarco, con aquello de que si le escogen los toros y de que torea caracoles y babosas!...

Ante la poca suerte del matador buscó la compensación el torero, y aquí ya saltaron los chispazos de genialidad que distinguen y revelan á lo realmente extraordinario. Salió á relucir el quiebro del vaquero, en cuatro recortes capote al brazo, ceñidísimos, limpios y en un terreno donde no pueden salir con bien más que el arte, la inteligencia y

la valentía reunidos; jugó la capa en cuatro verónicas, de las que las dos últimas fueron de escuela, y en alguna larga, heredera directa de las de Rafael I; y clavó un par de banderillas al sexto, sin mucho floreo, que no admitía el toro, pero monumental, de frente, y quedando los palos por algún tiempo mirando al firmamento, amén de varias otras alegrías y adornos, encaminados á sacar algún fruto de tierra completamente estéril. Y ¡já ver, que salga otro que lo consiga!...

Opuesta y favorable suerte alcanzó en el reparto D. Luis, tocándole las reses más manejables, y en verdad que supo aprovecharla. Una estocada á volapié en las tablas, un poquito ida, tras una brega muy aceptable y parando, y entrando y saliendo con desahogo de la suerte, quitaron de en medio al primero. Un pinchazo en hueso á volapié, bien señalado, y una estocada en igual forma, buenisima, después de una faena en que procuró adornarse como consentía el toro, acabaron con el tercero. Y un trabajo de muleta ni censurable ni plausible, seguido de dos estocadas á volapié, por el terreno de adentro, y desprendida la primera é ida la segunda, completaron su cometido, por el que obtuvo nutridos aplausos en sus dos primeras partes, así como en un par de banderillas al cuarteo y abierto al último, y en algunos otros lances de la lidia, llevados con voluntad y acierto.

Del coro se distinguieron: Tomás Mazzantini, Antonio Guerra, Patatero, Rogel y Juan Molina en un concepto, y Pegote y Beao en el otro; manteniéndose la atmósfera y la Presidencia en una textura discreta.



III. FUNCIÓN SEGUNDA DE ABONO.—22 DE ABRIL DE 1897

«EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS» Ó EL MARTIRIO DE DON ESTEBAN



Por razones que no son del caso y de las que algo sabe todo el mundo, el repertorio de don Esteban Hernández, no se representaba en nuestro Coliseo tiempo hacía. De él guardaba todo el mundo gratos recuerdos por anteriores audiciones, y dominaba la fundada esperanza de que asistiríamos a una solemnidad. Son conocidos los procedimientos legítimos que emplea el autor en sus producciones, para que no se presienta el éxito, y ellos le han granjeado una aureola que nadie le discute ni le escatima. Por eso un fiasco en este autor, que trabaja con fe, es más sensible que en cualquiera otro; é indudablemente la derrota del jueves constituye para D. Esteban un verdadero martirio. La obra como presentación fué irreprochable y preciosa, constituyendo un verdadero tratado de indumentaria taurina, del que muy pocos, quizá ninguno de los que disertan sobre la especie *bovis*, se ha enterado con exactitud. Pero ¡ay! que debajo de una buena capa puede ocultarse un mal bebedor, y esto es lo que le ha ocurrido á los toros de D. Esteban. Y no valió que por consideración y simpatía al dueño, los que habían de entenderse con ellos, se esforzaran en llevarlos á buen camino; se encerraron en una rotunda negativa, y no hubo más que rendirse á la evidencia. Permitásenos

suponer que *el crepúsculo de los dioses* será pasajero y que volverá á lucir el sol claro, y el Sr. Hernández tomará pronto desquite; pues nos consta que es un ganadero de dignidad y de vergüenza. Y ¡ojalá pudiéramos decir lo mismo de todos!

Apuntando siempre por norte la huida, estos animalitos hicieron una pelea en el primer tercio de 34 varas, á cambio de 19 caídas y 17 caballos muertos, correspondiendo cinco al segundo en igual número de puyazos, en los que se mostró, aunque no bravo, certero. Igual tendencia les dominó en los demás tercios, entendiéndose con ellos Guerra (verde y negro) y Fuentes (negro y oro), en esta forma:

Guerra, en el primero, una faena apropiada á las condiciones de la res, é hiriendo para abreviar, en una estocada corta, aprovechando, echándose fuera, y una estocada á volapié caída, no baja ¿eh?, saliendo acosado. (Opiniones divididas.) En el tercero, una brega preciosa, disputándole el terreno palmo á palmo con el cuerpo, para sujetarle, é hiriendo con ahinco: un desarme, una corta en tablas, tomando hueso, en las péndolas, y una á volapié hasta la mano, buena. (Muchos aplausos.) En el quinto, que desarmaba, los pases de muleta para humillar á la res, elegantes y oportunos; entró á matar con mucho conocimiento y ventaja, citando un poquito lejos, y sujetando la cabeza con el trapo en la reunión. La estocada, aunque corta, clavó en buen sitio, y con tres pases más dobló el toro. Puso un par de banderillas al sexto, apretando y saliendo rebotado, mag-

nífico, y se adornó en el primer tercio del tercero y cuarto.

Fuertes, en el segundo, con la muleta, breve, pero apuradillo y con lio de capotes; hiriendo, para afianzar á conciencia, en una corta á volapié, caída y atravesada. En el cuarto, en el que le ayudó eficazmente Guerrita, la brega reposada y elegante, aunque un poco larga, hiriendo en buen sitio; dos pinchazos en hueso, bien señalados, y una estocada atravesada, todo á volapié. (Aplausos.) En el último, desconfiado con la muleta y pesado con el estoque. Un par de banderillas de frente, algo pasado, entrando bien y compartiendo el trabajo con el compañero.

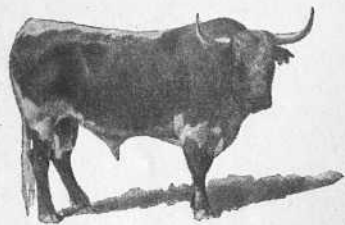
Roura y Manuel Valencia, hicieron con las banderillas un buen tercio en el cuarto toro. De los demás, Juan Molina y Antonio Guerra; y picando, José Carriles, Pegote y Beao. Como detalle curioso, merece consignarse que no se puso un solo medio par de banderillas en toda la tarde, siendo todos enteros, cosa que muy rara vez sucede, y en número de 19.

La tarde, amenazando lluvia al comenzar y buena luego; la entrada, un lleno y la Presidencia, aceptable. . .

Y llevamos cuatro corridas, y cuatro boyadas. ¡Pero no hay que apurarse! ¡Se continuará!

La gente, de estos apuros,
no debe formular queja;
son resultados seguros
de los cincuenta mil duros
soltados á toca teja.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

CARTERA
TAURINA

Por consecuencia del exceso de corridas verificadas en la semana y de la abundancia de original de actualidad de que disponemos, nos vemos obligados á dar este segundo número extraordinario, que esperamos sea acogido por el público con la galantería y benevolencia que siempre nos ha dispensado.

Agotada la numerosa edición de nuestro primer extraordinario, suplicamos á los corresponsales y personas que nos tienen hecho pedidos del mismo, nos concedan unos días de plazo para terminar la reimpression de la segunda, de la que tan luego como esté, cumplimentaremos los encargos.

No pocas corridas han tenido lugar en la pasada semana, aparte de las efectuadas en Madrid, donde las hemos tenido casi á diario, y ni una sola ha merecido el calificativo de buena.

Tales son las noticias que tenemos:

En Zaragoza se inauguró la temporada con toros de Ibarra, de los que sólo dos cumplieron bien en todos los tercios, primero y quinto, pero sin excederse.

Guerrita, que llevaba deseos de trabajar, sólo tuvo ocasión en la muerte del quinto de demostrar que por algo es el niño mimado de las empresas, y figura hoy en primera línea. Villita, que actuaba con él, entró bien á matar al cuarto, y basta.

En Sevilla han tenido corridas los días 18, 20, 21 y 22, y tampoco ha resultado ninguna de ellas á satisfacción de los aficionados.

Los Muruves de la primera tarde fueron endebles; los de D. Anastasio Martín, del 20, cumplieron algo mejor, y fueron más aceptables los del Duque de la tarde del día 21. En la del 22, los de Miura no rebasaron la línea de los que le habían precedido, quedando al nivel de los Muruves.

Bonarillo, en la tarde del 18, mató bien un toro, el quinto, que hizo mucho por el espada, y contribuyó al mejor éxito de la estocada. Reverte no pasó de mediano en la suerte suprema.

En las dos corridas siguientes (20 y 21), torearon juntos Reverte y Bombita, y éste fué el que obtuvo más justos aplausos en el cumplimiento de su misión. En la primera de estas corridas, Reverte, haciendo alarde de su serenidad, se arrojó de espaldas al terminar un quite durante el primer tercio de la lidia del cuarto toro; y en dicha posición se arrancó el toro, y enganchándole, le volteó, y no le recogió una vez en el suelo en los derrotes que engendraba, gracias á la oportunidad de Bombita coleando á la res.

Reverte, con la taleguilla rota y sin sentido, fué retirado por los dependientes de la Plaza al callejón, de donde repuesto, volvió á los pocos minutos á la Plaza.

También Bombita dió su correspondiente susto á los espectadores. Al entrar á matar al sexto, por no vaciar con la muleta salió arrollado y cayó ante su adversario, que no le pudo enganchar una vez en el suelo por caer muerto á los pocos momentos.

En la del 21, Reverte más afortunado hiriendo que en las tardes anteriores, y Bombita quedó á gran altura en la muerte del segundo y cuarto, y banderilleando al sexto.

Bombita fué también el espada que en la última corrida obtuvo mejor éxito en el cumplimiento de su cometido, tanto en el último tercio, como en los restantes, y auxiliando á sus compañeros. Bonarillo no hizo otra cosa que salir del paso, y

Reverte tuvo el santo de espaldas; ni una sola vez de las que entró á matar pinchó en su sitio, y por aditamento en alguna ocasión volvió la cara.

De la *troupe* montada, nada de particular, excepción hecha de alguna vara de Molina y Cigarrón. El picador apodado el Inglés, por haber atravesado con la puya al cuarto toro de la corrida del día 21, por disposición de la Presidencia pernoctó algunas horas en la cárcel.

Moyano, Pulguita de Triana y Currinche, quedaron mejor que el resto de los peones.

Flojas las entradas de los días 18 y 22, y buenas las de las otras dos tardes.

En Perpignan se inauguró la temporada el 18 con toros de Peñalver, que se dejaron torear sin ofrecer dificultades.

Actuaron de matadores Fabrilo y Minuto, que si bien no hicieron grandes proezas, ni pusieron cátedra, llenaron su cometido, y se hicieron aplaudir en ocasiones.

Los diestros de todas categorías han echado ya á volar los consabidos reclamos de dar á la luz listas de los ajustes que aseguran tienen firmados para el corriente año.

Y son de ver algunas fechas que se dan por comprometidas para determinadas Plazas, cuando ni empresas hay para organizar corridas.

Por eso LA LIDIA se abstiene de reproducirlas, y sólo dará cuenta de aquellas combinaciones que tengan verdadera exactitud y sean de interés general.

Ya está anunciada para el 2 de Mayo próximo en Alicante, la corrida benéfica cuyos productos se destinan á allegar recursos para los soldados alicantinos, hijos de familias pobres, que regresen heridos ó enfermos de Cuba y Filipinas.

Presidirán la fiesta 32 distinguidas señoritas de aquella capital, y en ella estoquearán graciosamente seis toros de don Fernando Gutiérrez, los espadas Gorete, Machío Trigo y Murcia.

La iniciación del espectáculo se debe al distinguido escritor, capitán del ejército y querido amigo nuestro, el popular O'lanço.

TOROS EN MADRID

3.^a CORRIDA DE ABONO, LIMITADA.—25 ABRIL 1897

¡Oh que magnífica fiesta nacional!
Seis toros de Ibarra y uno más de Aleas;
¡para que te. . . veas
llevando el cirial!

Siete, fijense ustedes bien. ¡Eche usted rumbo! Gracias al niño Reverte, que imitando á otros maestros como Frascuelo y Guerrita, no quiso matar el último, y hubo que adicionar otro para el sobresaliente señor de Blanquito. Al llegar á la Plaza, nos enteramos de que el Aleas había sido sustituido por un Pérez de la Concha, variación importantísima, puesto que al público, buey por buey sobrero, lo mismo le daba.

El cielo apareció plomizo desde temprano, y nos regaló algunas modestas gotas antes de empezar; pero la gente, que llenaba casi por completo el Circo, no se intimidó, y ocupando sus asientos, presenció los preliminares de rúbrica, y aguardó la salida del primer Ibarra.

Salió Chocolate, y — ¡tate! —
exclamé al verlo saltar;
— no va á ser mal chocolate
el que nos vas á largar.

Era negro bragado, fino, terciado, de buenas hechuras, caído y avacado de cuernos. Topón y sin poder en el primer tercio, le acariciaron de la peor manera posible el Largo y el Sastre,

siete veces, y pare usted de contar. Bueno en banderillas, Regaterillo le adornó con un magnífico par al cuarteo en una paletilla, enmendándose luego en otro bueno en igual forma; entrando Valencia en su turno con otro de igual calidad, desigual. Muy bueno para la muerte, Mazzantini, de verde y oro, le pasó dos veces al natural, una con la derecha y uno ayudado, para una estocada á volapié, buena, cuarteándose al herir. (Aplausos.)

2.^o *Cuchareto* se llamaba, y vestía de colorado, ojo de perdiz, más grande que el anterior, basto, con pinta de buey y corniveleto. Huyendo, sin duda de la lluvia que empezaba á caer, tropezó cinco veces con la misma tanda del primero, planchando en una al Sastre. Huyendo ahora, ó cortando luego, Lobito cuarteó un par bueno, al que siguió un regular lio de capotes, y terminó su misión con otro á la media vuelta después de pasarse. Entre ambos pares, metió dos medios Rodas, al cuarteo y caído el primero, y al sesgo, orejero y saliendo con apuro el segundo. Bonarillo, de grosella y oro, encontró al bicho acudiendo, le toreó con nueve pases con la derecha y dos naturales, y entró en las tablas al volapié, dejando una estocada baja.

3.^o *Murciano*; negro entrepelado, chorreado (presentía el aguacero), fino, largo de cuerpo y caído de armadura. Reverte le saludó con unos lances muy medianos, después de lo que, topando con alguna voluntad, toma seis varas del Chato y Agustín Molina, matando un caballo. Continúa el goteo. Soso y quedándose en palos, Blanquito, á toro pasado, deja un par desigual y repite con medio al cuarteo, y Currinche, en esta forma, clavó otro, pasado. Reverte, de verde botella y oro, trapea á la res, que estaba incierta y desparramaba la vista, con once naturales, dos con la derecha, dos ayudados y dos cambiados, para una estocada á volapié, alta, pero algo atravesada.

4.^o *Malacara* de esta fiera era el nombre, pero apelo, de este dictado, pues era mucho peor la del cielo.

Como que en cuanto vió al toro, negro zaino, muy fino, bien recortado, apretado de pitones y con síntomas de bravura, dijo: A bravo no me ganas tú; y se arrancó por cataratas, con una impetuosidad, que nos convirtió á todos en anfibios provisionales. Aún le pusieron al bicho cuatro varas entre Molina y Chato, metiendo la espalda en barro el primero y perdiendo el pedestal; pero el diluvio se vino encima, y no habiendo arca donde meterse, se utilizaron las naves y galerías del establecimiento. El toro quedó sólo un buen rato, aguantando el pujo acuático, y en vista de que no amainaba, la Presidencia levantó el tabanque á las cinco y cuarto.

RESUMEN

¿Puede haberlo en estas condiciones? El único toro que parecía traer algo, era el cuarto y no pudo darlo de sí; los demás á la altura de los lidiados hasta ahora. Mazzantini pescó una pera en dulce, sin respeto ni cuidado en el primero, le toreó brevemente y se echó fuera al herir. Bonarillo no hizo más que entrar con voluntad y agarrar los bajos; y Reverte, á vueltas de algún pase ceñido y bien rematado, se embarulló en la brega, paró poco y perdió terreno, metiéndose á herir con coraje y desde cerca. Y nada más respecto al personal subterno.

En cuanto á la suspensión, precipitada, y haciendo creer que la Presidencia es amiga de la *impresa*. En iguales casos, se ha demorado un rato la lidia, se ha arrugado el piso de la Plaza, y ha continuado luego, á ser posible, como lo hubiera sido ayer tarde. Con la solución adoptada, Bartolo se guarda cuatro toros, más uno de la primera, cinco, que son del público, puesto que los ha pagado y que queda debiéndoselos. ¡Que no se olvide! En cambio nos quiere dar la *coba* con la corrida de ocho toros de Veragua y Miura, para Mazzantini, Guerra, Reverte y Bomba, el miércoles 28, y. . . sube los precios.

¡Oh Bartolo singular
bien refocilarte puedes!

Yo, con permiso de ustedes,
ahora me voy á secar.

DON CÁNDIDO

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27. — Madrid.



EMILIO TORRES (BOMBITA)